una semana centenares de estudiantes fueron presos y torturados. Todo el mundo le perecía cómplice de « ese asesino ». Y pensando quizá que un atentado contra Pobiedonostzeff no debe costar menos vidas que un crimen contra un inquisidor del siglo XV, hizo condenar no sólo á su frustrado Esperaindeo, sino también á otros dos muchachos que no eran más culpables que aquellos pobres Vidal de Urazno y Juan de Abadía, que pagaron con sus cabezas la muerte del sombrío Espilo.

GAPÓN Y SUS AVENTURAS

— ¿Y Gapón?... ¿Se sabe algo?...

Es lo primero que se preguntan al encontrarse en la sala de lectura del hotel de France los corresponsales de los periódicos. Y como en los países en que los gobiernos matan toda libertad de información las ficciones llenan el espacio, aquí nos encontramos cada semana ante una nueva « verdadera historia » del famoso pope.

— Gapón está en un convento de las inmediaciones de Moscú — nos aseguraban ayer.

Hoy nos dicen al oído :

— Gapón está en Ginebra, organizando una revolución.

Los periodistas ingleses son los que más interés prestan al asunto, habiendo entre ellos cuatro ó cinco que no han sido enviados sino para tratar de averiguar el paradero del reverendo agitador.

— Los diez mil rublos que el gobierno ruso ofrece al que lo encuentre — decíame anoche mi amigo Coulander, del *Daily Chronicle* — no son nada, si se comparan con lo que daría *The Times* por una entrevista suya.

Por mi parte, debo confesar que el asunto me interesa relativamente poco. La figura de Gapón,

que primero nos apareció envuelta en una aureola de fanatismo popular, comienza á dibujarse de manera sinuosa y equívoca. Los hombres serios, los que como Korolenko y Souvorine (hijo), tienen derecho á dudar de casi todo, conociendo cual conocen á sus compatriotas, no están lejos de creer que el pope ilustre es un hábil farsante que, de acuerdo con la policía, tomó parte en el movimiento obrero con el objeto de descubrir sus verdaderas raíces revolucionarias. Y si pensamos que en este país, donde nadie puede cambiar de casa sin pedir permiso á la prefectura, el pope ha viajado libremente, después de las matanzas, y si recordamos sus relaciones con Plehwe, no podemos menos que pensar como los que piensan mal, aun sin llegar á la violencia de aquellos que, á voz en cuello, gritan :

— ¡Gapón es un policía!

Un amigo suyo nos dice :

— En efecto, hay apariencias sospechosas. Pero no son más que apariencias. En el fondo, el hombre continúa siendo un purísimo pastor de almas, ansiosas de libertad, hambrientas de justicia. No hay más que verle. Su rostro indica la honradez y en sus pupilas arde la fe apostólica. Nos hablan de sus relaciones con la policía.

Es cierto que las tuvo. Hombre muy instruído, *causeur* elegante y fecundo, supo envolver á Plehwe en las redes de su fina diplomacia, hasta

el punto de que el « primer policía » del imperio no veía absolutamente nada... Gapón se había convertido, en apariencia, en una especie de agente provocador. Con el concurso del gobierno, organizó su partido tomando por modelo las asociaciones sociales policíacas organizadas en Moscú por Trepoff y Zubatoff. Ayudado por su mujer, disciplinó á los obreros imponiéndoles una línea de conducta rigurosa. Con el dinero del gobierno creó una caja secreta á la que muchos comités acudieron en momentos de apuro. En el desempeño de su doble papel, tan difícil como delicado, demostró tener siempre la fe de un héroe, y la ciencia de un diplomático consumado. En una palabra, con su refinada astucia llegó á engañar al hombre más desconfiado de la tierra. ¡ Plehwe sólo veía por sus ojos ! El partido poco á poco, y siempre con la máscara del socialismo gubernamental y policíaco, se organizó al fin. Veinte mil obreros formaban sus legiones, á las que Gapón impuso la más estrecha disciplina y sobre las que llegó á ejercer tal imperio que consiguió de ellas lo más imposible : ¡que no bebieran aguardiente ! Llegó el momento en que era necesario obrar. Fiel á su doctrina y creyendo tener el medio de impresionar los espíritus, Gapón se multiplicó, sublevando como un solo hombre, á toda la masa obrera... La huelga de la fábrica Putiloff fué el pretexto inesperado é imprevisto del movimiento. Gapón entonces organizó esa grandiosa manifestación obrera, que tan trágicamente terminó. La

idea era bella y generosa, sí, sí... Porque es imposible no encontrar imponentes y conmovedores á esos doscientos mil hombres que van pidiendo á su soberano el derecho de vivir libres... Gapón con su autoridad paternal y casi soberana habíales hecho jurar que irían sin armas, que respetarían las personas y los bienes de sus conciudadanos y, sobre todo, que no se emborracharían. La cruel matanza á que se libraron las tropas sobre aquella masa de hombres indefensos volvió á Gapón loco de indignación y de dolor, y á no impedírselo algunos de sus fieles amigos, hubiérase lanzado entre el pueblo y la tropa, para morir bendiciendo á sus hermanos.

En esos tremendos momentos fué cuando, queriendo proteger á Gapón, recibió la muerte el pope Schliepane. El rumor de la prisión de Gapón comenzó á circular. La noche misma de la trágica jornada, y en los momentos en que parecía que la maldición de los muertos caía sobre las cabezas de sus asesinos, Gapón, después de orar largamente, reunió á sus amigos : « ¡Me he equivocado — les dijo — y os he engañado !... ¡ Perdonadme !... En la oración busqué la luz. ¡ Dios ha juzgado al emperador ! Ya puede escribirse sobre los muros de su palacio el « Mane Thesel Phares » del festín de Baltasar. Yo voy á preparar vuestro desquite ».

El que así nos habla es un escritor francés que vive en Rusia desde hace años y que ha estudiado muy de cerca el movimiento actual.

En todo caso no hay entre las figuras del día en Rusia una sola tan misteriosa, tan enigmática, como la de este Savonarola socialista. Todo en su vida está envuelto en bruma. Sus biógrafos no nos aseguran sino una cosa, á saber : que nació en el seno de una familia campesina en la provincia de Poltava.

Luego comienzan los « se dice... » Se dice que fué pastor de cabras en su niñez y que antes de saber leer tenía ya ideas exactas sobre la vida de las grandes ciudades... Se dice que en una escuela de aldea llamó tanto la atención del maestro, que éste habló de él al director de un seminario... Se dice que si aceptó la carrera eclesiástica no fué por exceso de entusiasmo religioso, sino con objeto de ver de cerca á los obreros, de influir en ellos, de guiarlos, en fin, por la ruta nueva... Se dice que su mujer es una encantadora nihilistas, una de esas nihilistas novelescas que pasan por la vida soñando ensueños grandiosos y sanguinarios... Se dice que ha creado un socialismo extraño, en el cual se funden las teorías de Marx y de Tolstoi. Y todo esto, como es natural, aviva la curiosidad del mundo entero, que querría saber lo que hay realmente en ese arcano vivo.

Un punto que parece aclarado es el de la huída. Con el apoyo de la policía, ó burlando su vigilancia, el pope no está ya en Rusia. En los cen-

tros oficiales, por lo menos así lo aseguran y desde ayer circula con « relativo secreto » un relato manuscrito en el cual un anónimo da detalles preciosos sobre la evasión. Helo aquí. Es una página romántica. Leedla como se lee un cuento :

« Cuando decidí á mi amigo Gapón á que abandonara San Petersburgo, — dice el anónimo narrador, — lo primero que le indiqué fué la necesidad de cambiar de aspecto. En seguida se afeitó la barba, cortóse las melenas y los bigotes, y vistióse de campesino con una amplia blusa, un pantalón de gruesa pana, un gorro de piel de carnero y unas enormes botas altas, todo ello sumamente sucio y deteriorado. Terminado el disfraz, condújelo á un trineo de carga que de antemano tenía preparado, y encargándole que se fingiese borracho, de un empujón lancélo al fondo del trineo y tomé las riendas. Salimos de San Petersburgo para Cronstadt en la noche del lunes 23. Entre Gapón y yo llevábamos cuatro mil rublos escondidos en nuestras fajas; además yo tenía una pequeña cantidad en los bolsillos. Durante el camino por tres veces nos dieron los gendarmes el alto y nos preguntaron adónde íbamos. Pero Gapón, siempre roncando, seguía tendido entre la paja. A su lado, dos botellas vacías de vodka era un pasaporte que inspiraba cierta confianza. En Cronstadt, adonde llegamos á las dos de la mañana, los soldados de la guardia ni siquiera nos miraron... En la noche del siguiente día, y siempre en el mismo trineo aunque habiendo cambiado

dos veces de caballos, llegamos á Wiborg. Imposible describiros las angustias que allí pasamos. En el momento en que franqueábamos las puertas de la ciudad un oficial de gendarmes fijó su mirada en nosotros con insistencia tal que nos creíamos perdidos, denunciados, presos...

— ¡He, « lamocoi » !... (carretero). ¿Adónde vais? — nos grita de pronto.

— A Helsingfors, si lo permite su alta nobleza.

— ¿ Y qué vais á hacer en Helsingfors, imbéciles ?...

— Vamos á trabajar en las alcantarillas, excelencia.

— ¿ Sois los dos finlandeses ?

— No, alta nobleza... Pero siempre trabajamos en Helsingfors, en Abo ó aquí.

— ¿ Y siempre en alcantarillas?

— Sí, alta nobleza.

— ¿Sabes tú quién es ese Gapón ?

Yo me estremecí...

— Gapón — contestele. — ¡ Sí, excelencia !... es un pueblo.

— ¿ Y tú — dijo el oficial dirigiéndose á Gapón.

— ¿ Sabes quien es ese Gapón ?

— Yo no sé. — alta nobleza, — tal vez sea alguna vaca — contestó Gapón soltando una estrepitosa carcajada.

— ¡ Valientes imbéciles !... — exclamó el oficial, dirigiéndose á sus subordinados que escuchaban distraídos este diálogo. — ¡ Id al diablo ! ¡ Fuera de aquí !... pronto !...

— Con vuestra licencia, altísima nobleza.

Y con esas palabras á medio pronunciar, salimos trotando de aquel sitio. Yo me sentía inundado de sudor frío. De Wiborg á Helsingfors, siguiendo en línea recta, hay doscientos treinta kilómetros... Pensar en el ferrocarril era una locura. La menor indiscreción podía perdernos. Afortunadamente yo había previsto el caso y un trineo de velas esperaba nuestra llegada. Tan pronto como llegamos á Wiborg, nos fuimos á casa del amigo á quien yo había encomendado ciertos preparativos, y allí Gapón se transformó en gentleman extranjero; yo en doméstico. El conductor del trineo, un verdadero finlandés, estaba prevenido de que nos alquilaba un trineo para una partida de placer. A las siete de la mañana partimos... Apenas amanecía. Sobre el hielo de la costa podíamos caminar siempre en línea recta. Un viento regular del nordeste á sudoeste soplaba en el golfo de Finlandia, es decir, precisamente en la buena dirección. A pesar del frío — ¡26° bajo cero! — la travesía fué placentera. Las nieves habían nivelado los hielos y así no teníamos que temer los contratiempos de las « quiebras » en el camino. En seis horas franqueamos la distancia... Y en un lugarejo, cerca de Helsingfors, en que algunos amigos nos esperaban y desde donde nuestro piloto podía expedir por ferrocarril su trineo, hicimos alto... Desde allí, en un confortable trineo tirado por dos briosos caballos, y como dos turistas, salimos con dirección á Helsingfors y para Abo, pequeño puerto de la costa occidental de Finlandia, en el que podíamos encontrar fácilmente un vapor que nos llevara á Suecia... Pero en Abo debíamos sufrir una nueva emoción. Allí Gapón fué verdaderamente reconocido y saludado en alta voz... Un antiguo profesor, compañero de Gapón, fué el que estuvo á punto de dar al traste con todos mis planes y causar nuestra irremediable perdición. Afortunadamente, Gapón cortó por lo sano. En Abo, excepto la policía, ignoraban, como se ignoraba en toda la Finlandia, los acontecimientos de San Petersburgo. Gapón cogió de las solapas á su antiguo compañero, y acercándose á su oído, le dijo: « Silencio... no me conoces... Traigo una misión confidencial... Si hablas, estás perdido... » El amigo de Gapón, un poco desconcertado, excusa su equivocación y nosotros continuamos nuestro camino. ¡El pobre profesor había perdido la ocasión de ganarse 10,000 rublos, prometidos por el gobierno á quien entregara á Gapón!

Al fin logramos embarcarnos aquel mismo día en un vapor inglés que debía hacer escala en Estocolmo. ¡Nos salvamos! Al día siguiente desembarcábamos en Suecia. Una semana después, Gapón, pasaba por París y ganaba Ginebra. »

¿Será cierto este relato? ¿Habrá siquiera en él una parte de verdad? Yo lo he leído con desconfianza, no sólo á causa de su tono romántico, sino

también por su origen prefectural. Pero verídico ó falso poco importa á nuestro objeto, puesto que en nada puede contribuir á aclarar la situación política y moral del enigmático jefe del movimiento obrero.

El único documento en que vemos algo, no del alma, sino de las ideas de Gapón, es una carta suya que el periódico *Iskra* publicó en su último número y que dice :

« A mis hermanos los socialistas rusos. Las sangrientas jornadas de enero en San Petersburgo y en toda Rusia, han colocado frente á frente á la oprimida clase obrera, y al régimen autocrático con el sanguinario zar á su cabeza. La gran revolución rusa ha comenzado. Es necesario vencer ó morir. Consciente de la gravedad de este momento histórico, y como revolucionario y hombre de acción, invito á la unión al proletariado y á todos los partidos rusos, á fin de dar comienzo á la revolución armada contra el zarismo. Todos los partidos deben movilizar sus fuerzas. Nuestro plan técnico de combate debe ser común : las bombas y la dinamita, el terrorismo individual y colectivo, pueden contribuir á la sublevación del pueblo. Nuestro objetivo inmediato es el aniquilamiento de la autocracia y la formación de un gobierno revolucionario provisional, que proclame inmediatamente la amnistía de todos aquellos que lucharon por las libertades políticas y religiosas ; que arme al pueblo y que convoque inmediatamente una asamblea constituyente sobre la base

del sufragio universal, igual, secreto y directo. ¡Camaradas, á la obra ! ¡ Al combate, y adelante !... Repitamos ahora aquel hermoso grito de unión del día 22 de febrero : — « ¡ Muerte ó libertad !... » En estos momentos todo retraso es un crimen. Hijo del pueblo y habiéndome consagrado á la defensa de su causa y unido mi suerte á la suya, estaré con toda mi alma al lado de aquellos que conmigo quieran sacrificar su vida por el mejoramiento de la clase proletaria y por la supresión de la esclavitud política. — *Jorge Gapón.* »

Después de leer esta carta, es difícil dudar de la buena fe de Gapón. El que así habla, el que así grita, no puede ser un instrumento de la policía.

Solo que Rusia, es Rusia...